

TESTIGO DE LA REALIDAD

JORGE RUIZ: MEMORIAS DEL CINE DOCUMENTAL BOLIVIANO

Beltrán S., Luis Ramiro (1998) **Prólogo**. En: Valdivia, José Antonio. Testigo de la realidad: Jorge Ruiz; memorias del cine documental boliviano. La Paz, CONACINE y Cinemateca Boliviana. pp. 13-18.



JOSÉ ANTONIO VALDIVIA

Edición patrocinada por CONACINE
y CINEMATECA BOLIVIANA

Prólogo

Este libro cuenta la vida y la obra de alguien que despierta admiración como persona, artista y ciudadano. Es Jorge Ruiz, precursor del cine documental boliviano. Como persona se caracteriza por su rectitud y bonhomía tanto como por su modestia y su desapego a lo material. Como artista se distingue por su creatividad, perseverancia y su versatilidad. Como ciudadano hace culto del amor a Bolivia, trasuntando fascinación por su naturaleza y afecto por su gente, en particular la más humilde y raigal.

En 1995, al cabo de medio siglo de surcar con su cámara todas las sendas de la patria, ese hombre halló en la calidez de Cochabamba amparo para su salud mermada por los años. Y allá conoció en 1996 a quien es ahora el autor del presente estudio biográfico sobre su persona y su pasión. *“Una Pandora benévola nos hizo coincidir en este su otoñal retiro cochabambino”*, anota el escritor José Antonio Valdivia. Con talante justiciero y elegancia en la pluma, brinda él a la historia del cine el rescate primicial de la trayectoria de un realizador de talla y renombre internacional. Lo hace expresando el testimonio de éste en primera persona para propiciar diálogo entre el biografiado y el lector. Escribe erudita y documentadamente, pero sin permitir que ello reste soltura y gracia a su ensayo que, a menudo, se deja leer cual novela.

Es muy improbable que ningún otro cineasta haya producido tantas obras, por lo menos en Latinoamérica, como Jorge Ruiz. Desde balbuceos de aficionado en 8 milímetros y cortos en 16 milímetros en blanco y negro —de los silentes y de los sonoros— hasta largometrajes en 35 milímetros en color para

circulación en el extranjero Jorge Ruiz tiene en su haber, entre 1947 y 1995, algo más de un centenar de películas y como una veintena de videos. Impresionante como es tal cantidad, sus méritos están, sin embargo, ante todo en la calidad de sus producciones.

Se trata de un hombre que se diría nacido para hacer cine; pareciera llevar en sus venas las claves del arte de las imágenes en movimiento. Como director luce aptitud superlativa para conjugar los diversos elementos de la producción cinematográfica, a la par de un modo feliz para manejar actores, especialmente los no profesionales. Como camarógrafo es extraordinario, sobre todo por su buen gusto para la composición y por su pericia en el manejo de luces y sombras. Y como compaginador muestra desusadas habilidades para entablar ritmos y asegurar continuidad.

Identificado con las técnicas tradicionales del cine, Ruiz ha sido, sin embargo, innovador imaginativo en varios aspectos del oficio. Mucho más intuitivo que académico, ha hecho principalmente documentales en favor del desarrollo y para promoción cultural y educativa en Bolivia y en otros países como Chile, Ecuador, Perú y Guatemala. Admite pues, sin remilgos, ser un propagandista al servicio del mejoramiento de la sociedad y no se siente azareado por haber hecho un cine patrocinado, más comprometido con la propuesta que con la protesta.

Entre 1955 y 1996 varias de las producciones de Ruiz ganaron una docena de premios, en su gran mayoría internacionales, y se han presentado retrospectivas con debates sobre su obra en Bolivia, Colombia y Ecuador. Por otra parte, él ha recibido, a lo largo de los diez años recientes, varios reconocimientos a su persona, incluyendo una distinción del Festival de los Tres Continentes realizado en Francia en 1991, en el que fue declarado *Padre del cine Indigenista Andino*, la Condecoración del Libertador Bolívar que le fue otorgada en 1995 por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia, una de la Municipalidad de La Paz y otra de la de Cochabamba.

Ruiz es, pues, sin duda una de las figuras eminentes de la cinematografía de América Latina. Más aún, en 1958 uno de los grandes fundadores del cine documental en Europa, el director escocés John Grierson, afirmó públicamente en La Paz que Jorge Ruiz era "*uno de los seis documentalistas más importantes del mundo*".

Ese es el personaje que Valdivia –fiel trujaman– presenta aquí en siete capítulos ricos en información y frecuentemente tachonados de apuntes doctos y afortunadas metáforas. El primero narra el comienzo casi accidental de Ruiz en 1944 como cineasta cuando estudiaba agronomía en Argentina, su vida

militar obligatoria y de abrupta terminación y sus primeras aventuras fílmicas con quien iría a ser, desde 1948, su mejor camarada: Augusto Roca.

En su mayor parte, el capítulo segundo está dedicado a la empresa Bolivia films fundada por el inolvidable bolivianófilo Kenneth Wasson con el concurso de Ruiz y Roca. Se destaca en ello la producción “con las uñas” en 1949 y 1950 de las primeras películas bolivianas sonoras y en color –ambas de tema autóctono– y de la primera con doblaje del español al quechua y al aymara. VIRGEN INDIA, DÓNDE NACIÓ UN IMPERIO Y BOLIVIA BUSCA LA VERDAD, respectivamente.

Luego de hacer mención a los fundadores del cine boliviano desde 1923 a 1930 –Goytisolo, Castillo, Sambarino, Posnansky y Velasco Maidana– el tercer capítulo rememora la producción de dos documentales de corte antropológico: LOS URUS (1951) y VUELVE SEBASTIANA (1953).

El tema central del cuarto capítulo, el más extenso de todos, es la producción de Ruiz de cuatro películas de apuntalamiento al proceso de construcción de una nueva sociedad desatado por la revolución nacionalista de 1952. Dos de ellas fueron hechas por Ruiz con Gonzalo Sánchez de Lozada, fundador en 1954 de otra pequeña empresa fílmica, Telecine. Una fue UN POQUITO DE DIVERSIFICACIÓN ECONÓMICA (1955) y otra LOS PRIMEROS (1956). Las otras dos las realizó Ruiz como director del Instituto Cinematográfico Boliviano, cargo oficial que desempeñó hasta 1964. Fueron aquellas LA VERTIENTE (1958) y LAS MONTAÑAS NO CAMBIAN (1962).

El cine documental se vale generalmente de cortos y medios metrajes; los largometrajes caracterizan al cine de ficción. Ruiz intentó dos veces esto último sin fortuna. Y es el quinto capítulo del libro el que da cuenta del fracaso de DETRÁS DE LOS ANDES, una fábula de aventuras mineras en torno a un apátrida trotamundos que acampara un tiempo en Bolivia, y MINA ALASKA, un intento de rescate de la anterior, igualmente fallido por razones ajenas a la voluntad de Ruiz.

El sexto capítulo recuerda los trabajos de Ruiz fuera ^{de} Bolivia, generalmente por encargo de entidades como la BBC de Londres, Las Naciones Unidas y la Agencia para el Desarrollo Internacional de los Estados Unidos. El texto destaca entre estas experiencias las correspondientes a LOS QUE NUNCA FUERON-, hecha en Ecuador en 1954 sobre la lucha antimalárica, LOS XIMUL, hecha en Guatemala en 1960 sobre la modificación de una reforma agraria radical y, en 1965, LAS FUERZAS ARMADAS DEL PERÚ EN ACCIÓN CÍVICA.

El capítulo final, séptimo, comienza con una especie de “Ars Poética” en que el cineasta reflexiona –breve pero lúcidamente– sobre su oficio, prosi-

gue registrando la fundación del Centro Cine Video, hace un inventario nostálgico de proyectos filmicos no realizados y termina con una mención fraterna a los grandes cineastas latinoamericanos: Rocha, Gutiérrez Alea, Littín, Getino y Solanas, así como a los grandes cineastas bolivianos: Sanjinés, Eguino y Agazzi. Y Ruiz cierra su testimonio con fervientes votos de nuevos éxitos para sus colegas realizadores de los más recientes filmes bolivianos: JONÁS Y LA BALLENA ROSADA, PARA RECIBIR EL CANTO DE LOS PÁJAROS, CUESTIÓN DE FE y SAYARIY.

¿Cuál es la obra cumbre de Ruiz? De las ciento y pico películas hechas por él VUELVE SEBASTIANA es unánimemente considerada la principal y la mejor. Así lo indicó, por ejemplo, una encuesta sobre el cine boliviano hecha en 1983 por Carlos Mesa Gisbert por medio de Última Hora. Noventa por ciento de los entrevistados colocaron a dicha producción en el primer lugar entre siete famosas películas nacionales y la calificaron como “la más significativa de todo el cine boliviano”.

El propio Mesa dijo de ella: “... *Sebastiana vuelve. Vuelve a los orígenes de su raza... Hay una conciencia ideológica válida para la propia nación boliviana, justamente en el momento de irrupción de un nuevo pensamiento colectivo. Ruiz trabajó todo el filme con una gran sensibilidad y su estructura es totalmente poética... es un gran documental, clave del cine boliviano...*”. Coincidió con él Alfonso Gumucio, historiador del cine boliviano: “*Vuelve Sebastiana sienta las bases para el nacimiento de un nuevo cine boliviano, y se adelanta seguramente sobre el cine que se hacía en otros países del continente en esa época...*”. Mucho después esta impresión sería corroborada por el director de la Cinemateca Nacional del Ecuador, Ulises Estrella, al considerar esa obra, por su inquietud social en favor del pueblo indígena y por su mensaje de afirmación nacionalista, “*precuradora de lo que muchos años después iría a constituir el Movimiento del Nuevo Cine Latinoamericano*”.

VUELVE SEBASTIANA es un documental antropológico argumentado sobre la base de una sencilla anécdota de la relación entre una niña chipaya y un niño aymara, magníficos actores naturales que jamás habían visto nada parecido a una película cinematográfica. Fue con ese ameno formato de información-entretenimiento que Ruiz inauguró en 1953 el género más tarde llamado “docu-ficción”. A raíz de su estreno en La Paz, en 1953, el poeta venezolano Aquiles Nazoa dijo de ella: “... *Es una película que reunió arqueología y poesía en la síntesis de un adorable cuento infantil... Un mérito que inmediatamente debemos reconocer para el joven director Jorge Ruiz es la ternura y espíritu de fraternal coloquio con que en esta película supo aproximarse a los indios*”.

De la influencia que llegó ella a tener en otros realizadores es constancia un apunte de Jorge Sanjinés en una revista cubana por el que considera a dicho film de Ruiz como antecedente de su propia labor cinematográfica. Y de la singular perdurabilidad de esa cinta, propia únicamente de las obras maestras, habla con elocuencia el hecho de que no solamente se la sigue proyectando hoy con frecuencia en el Museo Nacional del Antropología sino que fue incluida en una exhibición mundial itinerante de cortometrajes sobresalientes del cine latinoamericano organizada por la Federación Americana de Artes en 1992 y 1993.

Privilegiada por seis de los doce galardones recibidos por Ruiz a lo largo de su carrera —incluyendo un primer premio mundial en Uruguay en 1956 y medallas y menciones en Italia, España, Checoslovaquia y Estados Unidos de América— la película de los chipayas *ha envejecido muy bien* a juicio del director de la Cinemateca Boliviana Pedro Süsz. Fue parangonada en Europa nada menos que con NANUK, EL ESQUIMAL, la obra clásica del cine documental universal. Y es, sin lugar a duda, la más hermosa y famosa de todas las obras de Jorge Ruiz.

¿No parece esta obra literaria forjada hasta cierto punto al modo de una obra cinematográfica? Se puede considerar a este libro como un “flash-back” que hace, por ágil montaje, retrospectión a lo largo de medio siglo de la vida y la obra de un gran maestro del cine. El “racconto” no solo está hecho de memorias profesionales y notas de contexto; también está saturado de camaradería, humor y ternura, de dicha y congoja. Se diría que el autor, enamorado del cine, recurre a veces en su narrativa a equivalentes al “travelling” propio de la cámara sobre rieles, al alejamiento aéreo de la grúa “dolly” y al acercamiento veloz del lente “zoom”.

Así —repasando tiempos y espacios, recobrando sensaciones y procedimientos— nos muestra la saga épica de Ruiz alternando “panorámicas” con “close-ups” y manteniendo un ritmo que nos lleva a seguir leyendo. Por eso vemos al cineasta a ratos batallando en el ancho mundo, unas veces tertuliano en la intimidad de su cafetería favorita de la calle Potosí y otras —en planos medios— dirigiendo, con firmeza pero con cariño, a gente del común en la que él descubre y anima la virtud para actuar. Por eso oímos a la distancia el rumor de selváticos ríos y el diálogo de las aves. Por eso sentimos de cerca el dolor de los pobres y palpamos la ira de los olvidados. Por eso redescubrimos la patria cara a cara. Por eso disfrutamos de nieves fastuosas y pasmosos picachos. Por eso reímos y lloramos con Ruiz. Viajamos con él por la vida con el corazón rendido al asombro y palpitando solidaridad. Y, cuando la palabra Fin se va

perfilando en la pantalla íntima de nuestro espíritu, escuchamos la voz “en off” del narrador que ilumina la penumbra al reiterar su verdad: *“Estas páginas contienen las huellas de un insomne sembrador de imágenes, declarado en vigilia permanente por una vocación sin reposo, para que esta tierra nunca sea baldía”*.

Luis Ramiro Beltrán Salmón